FRU-FRU

1
230903

SANTIAGO IBERO



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PRENSA MODERNA

1

230903

47/143334

FRU-FRU

AÑO II NÚM. 89



SANTIAGO IBERO

Pochola busca un hombre

ILUSTRACIONES DE
LOPEZ MORELLO

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



LA NOVELA PASIONAL

Novelas cortas de los mejores escritores galantes.
APARECE LOS SABADOS 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos originales. Primorosa edición. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

R. 318984-5

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Adiós, chulángano.

—Hola, tunarra.

—Estás hoy de lo más platino.

—Y tú, de lo más quincalla.

—¡Eres genial!

—Anda que te pelen, niña.

—¡Desde que estás viruta por la chica del fotingo, no se te puede hablar!

—¿Yo chalao por ésa? ¡Qué bestialidad!

—Como tiene dinero, quieres tirarte un vidorro, gachó.

—Este pollo batata no se ha asao pa esa manús.

—Pa mondarse, chico.

—¡Que no, ea!

—¡Que se te ven los flecos del mantón!

—¡La caraba faraónica!

—¡Mira que castigar a esa grulla!

—¡Con lo hachudo que soy, voy a emplear mi tiempo en eso!

—¡Te daba un directo!

—De nanai.

Este diálogo, con un poco más de gracia y un mucho de ingenio, era, hace unos años, patrimonio de la gente barriobajera; pero ahora tenía de escenario el salón de te del Hotel Ritz, y de protagonistas, a Gorito, un chico de la más rancia aristocracia, y a Pochola, un guayabo, también rancio por sus treinta años, pero de lo más elegante y decorativo por la habilidad de los colores, que ya hubiese querido ella sacarlos de una paleta.

Cualquiera creería, por las frases galantes que se prodigaban, que se odiaban a muerte, y no obstante, existía entre ellos el más puro (en lo que cabe) amor.

Ellos no hacían el *ridi* con palabras cursis, tan gastadas por los enamorados, en que ambos se disputan la supremacía del cariño y se piden el inútil juramento de fidelidad para toda una vida. El hombre es tan animal (y la mujer le aventaja), que egoístamente pretende del ser amado una garantía de honestidad para con el resto de los seres, y de inmoralidad en cuerpo y alma para él. El amor, con sentirlo uno hacia otra persona, ya es suficiente, y pretender recibir la reciprocidad es una de las tonterías más grandes que caben en la región craneana del racional.

Filosofar sobre el amor es meterse en un dédalo de corazones de mujer, con la seguridad de salir hecho un ovillo. Así es que dejamos el ovillo y vamos al hilo de nuestra narración, tan verídica como la primera.

Pochola y Gorito se querían, y esclavizados por la moda, se insultaban con harta frecuencia y bajas palabras. Es moda "castigarse", y ellos se martirizaban mutuamente, con la mejor intención y sin ánimo de molestarse. Menos mal que lo hacían vociferando, porque es también elegante decir las cosas feas gritando. La culpa de esto es únicamente, según nuestro sabio entender, de las motos: vehículo muy práctico para montar a las chicas en el soporte, soportando ellas

todas las molestias y los excesos con resignado espíritu de distinción.

Por los datos de estas frases, la gente *bien* que frecuentaba el Ritz estaba en el secreto de que los chicos se querían, y suponían que entre ellos había algo, excepto cuando bailaban las danzas *dernier cri*.

¡Eran dos románticos!

Después de "hincharse de bailar" y de pastas, salieron juntos, como habían llegado; pero no tan juntos como las parejas de enamorados de las novelas neciamente horchata. Estaban tan pendientes de hacer el ridículo, que huyendo, caían en él por seguir el momento en que la galantería ha quedado relajada al último término, como una cosa que avergüenza.

Gorito, con su ondulado permanente, caminaba displicente, haciéndose un lío con el "chanchullo" y con una americana de lo más anémica que darse puede. Su cuerpo quería ser atlético, pero se quedaba en una aspiración. Ella, con menos pelo que él y más lacio, llevaba la cara con menos maquillaje que Gorito, pero se podía ver... de lejos, para hacerse la ilusión de que valía algo; la falda, tímida, le llegaba arriba de las rodillas, y su busto iba cubierto con una blusita rosa, con cuello y corbata charlestón.

A un metro de distancia se iban piropeando "a modo":

—Oye, frescacha, te pones insoportable—decía él.

—¡Cuidao que eres bestia, Gorito!

—Calla, mula; que no te das cuenta de lo bonito que soy.

—¡Anda, que no! ¡pero si siempre he creído que eras una lata de "Tom mariné"!

—¡Estupendo!

—Muy gracioso, ¿verdad?

—La oca, chico.

—¡La oca...rina!



... salieron juntos.

—¡Muy oca...sional!—dijo Gorito, retorciéndose de risa, como si en realidad hubiese dicho una genialidad el muy falto de higiene intelectual.

La noche se avecinaba con el preludio de los faroles, que se iban encendiendo, sin lucir lo suficiente, por el contraste de la poca luz que le quedaba al día. Rivalidades que hay.

Iban caminando con ese cansino caminar de los turistas, guardando la distancia siempre; síntoma de buen gusto.

Los efluvios de la primavera se aromatizaban con el perfume tónico y reconstituyente que salía del Retiro, al mismo tiempo que las parejas, de un gusto plebeyo, enlazados los brazos y con las caras muy juntas, como en renunciación de las exquisiteces de la moda, pero tropezando hasta con los faroles, se deslizaban ante la pareja elegante.

Quizá Pochola y Gorito sentían envidia de aquellos seres que se amaban y se lo demostraban con sus decires, con sus ojos fosforescentes de alegría y lubricidad y con sus manos obedientes a la pasión de sus miradas.

—¡Ay!—suspiró Gorito.

—¿Qué te pasa?—preguntó Pochola, esperando un renunciamiento a los perjuicios estúpidos que ambos albergaban por creerse más distinguidos, ahogando el encanto del amor en el cieno de la idiotez.

—¡Qué ganas tengo, Pochola, de una cosa!

—¿Se puede saber?—exclamó ella, volviendo a la coquetería innata en la mujer que se sabe pretendida.

—No quiero decírtelo.

—Dímelo.

—¿Para qué?

—¿Es un secreto?

—Qué ganas tengo de poder decirte esto es para ti, Pochola.

—Y esto ¿qué es?—dijo ella, persuadida de que le ofrecería su corazón rebosante de cariño, por lo menos.

—Que tengo una ganas locas de tener un Citroen para ofrecértelo.

—¿Y era eso lo que me ibas a ofrecer, monada?

—¿Te parece poco?

—No, al contrario; me parece mucho. Yo aspiraba a otra cosa más pequeña.

—¡Qué gracioso! ¡Se ha engañado!—profirió él, sin ver en ella el sentimentalismo lógico de una muchacha con vehementes deseos de atrapar la capa de José, con algo dentro; y si este algo era Gorito, mucho mejor, y si era una parte lo menos alícuota posible, encantada.

Pochola había hablado significando sus sospechas de que le ofreciera su corazón en un rasgo de sinceridad, pero él, inconsciente—¡y tanto!—, le había contestado una burrada, que era lo único que podía contestar.

El mutismo selló sus labios, y siguieron hasta llegar a la puerta de la suntuosa casa de Pochola.

En la calle de Velázquez se alzaba la morada de la familia Artiaga. Un magnífico *palace* se ofrecía a la vista del transeunte, rodeado de un jardín matizado de verde, que cubría la verja. Más que verle, se adivinaba; porque el misterio y el césped lo rodeaba todo.

Pochola invitó:

—Hoy no es día de recibo, ¿si quieres subir?

—Si no te molesto...

—Cuando te lo ofrezco, es porque lo hago gustosa.

—Subiré, entonces, para que no tomes la negativa como desprecio a la invitación. ¡Para darte gusto!

—Vamos pronto—exclamó Pochola.

Franquearon la puerta, subiendo las escalinatas que

conducían al hall, decorado con tapices siglo XVIII, y muebles estilo antiguo español.

—Sube conmigo—ordenó Pochola.

—¿A tus habitaciones?

—¿Por qué no?

—Encantado, chica.

Llegaron a un saloncito tenuemente alumbrado por una lámpara de pie, colocada en un ángulo de la estancia. Una gran otomana de terciopelo cardenalicio presidía a unos butacones morados. Una mesa de centro estaba a un lado. Los cojines reinaban por doquier.

—Siéntate, y espera que me mude de ropa.

Se aposentó Gorito en un butacón; sacó un cigarrillo egipcio de un estuche dorado que había en la mesita y lo encendió.

En la casa sólo estaba la servidumbre. El dueño de la mansión, don Pablo Artiaga, se hallaba en la Gran Peña, donde acudía diariamente en busca de un poco de reposo, que le negaba, en el hogar, su familia. Su mujer, que a los cincuenta años se había descubierto guayabo, no paraba un momento en casa; entre ligas y asociaciones correteaba todo el día como una loca. La hija, Pochola, era la única que regresaba al hogar antes de las doce de la noche, para dar ejemplo a sus padres... y porque no sabía adónde ir. Pero, para no sufrir lo aburrido de la soledad, siempre se llevaba a uno u otro amigo, al que subía a sus habitaciones con la esperanza de ver si alguno se decidía al aprendizaje del amor, por lo menos.

¡Oh, tiempo glorioso en que el hombre era la ola giratoria que avasallaba y seducía a la mujer, para después presentarse sumiso a los padres de ellas, en espera del castigo... del lacito indisoluble!

Ahora, la mujer ponía el jabón, pero los hombres iban con pie de plomo, y no había resbalón posible.

Sí es cierto que el ambiente de libertad permitía un mucho de libertinaje, pero con corrección, con mucha corrección y aseo.

Antes se hacía poco y se comprometía todo, y ahora, se hace todo sin comprometer nada.

Tula, la madre de Pochola, fué una señora respetable, hasta que los tiempos de avances le indujeron a visitar un taller de reparaciones, pomposamente llamado instituto de belleza. El *maquillage* le hizo ver que era joven, y el *masage*, que era una escultura; y se cortó el pelo, la falda y se alargó el escote.

Desde aquel día venturoso le dió por salir a pasear su garbo por los paseos aristocraticos; y como se aburría, se hizo moralista, que es lo que menos trabajo cuesta. A ciencia cierta no sabía ella lo que era la moralidad, porque de saberlo, hubiese gastado más tela en sus vestidos; pero la cuestión era pasar el tiempo lo más distraídamente posible.

Los criados se escandalizaron cuando vieron a la señora por unos derroteros en los que perdía tanto el señor como ella.

Observaron ciertas libertades, y se ofendieron, porque eran unos criados viejos en la casa y se consideraban como de la familia.

La buena señora, quizá de buena fe, decía que aportaba su grano de arena para arreglar el mundo, mientras que su esposo, un animal de hogar, acostumbrado a los cuidados de su mujer, se veía solo en la casa, y cuando no estaba solo, el acompañamiento era demasiado, pues Tula organizaba unos tes, en su domicilio, a los que acudía un publiquito muy elegante y más procaz.

El señor Artiaga, un hombre bueno y moral, fiel a la epístola de San Pablo, se vió precisado a huir del hogar, en busca del hogar soñado por él, en que la mujer es el hada que da el encanto de la felicidad.

Buscando distracción a sus disgustos, se refugió en La Gran Peña, y de allí lo sacaron sus amigos para ratonear por los escenarios, donde las chicas de conjunto tienen la vitrina para exponer sus bellezas relativas.

En este torbellino de piernas bien moldeadas y caras bonitas (vistas desde el patio de butacas), encontró don Pablo una chica amable que se entregó en sus brazos por simpatía, y por quinientas pesetas al mes y piso puesto.

Abandonó el teatro, dedicándose por entero al amor de don Pablo, y éste se sentía feliz al lado de aquella muchacha, que ejercitaba la fidelidad con un entusiasmo de deportista. Ella había colmado sus aspiraciones de tener un hogar, un hombre a quien respetar y el estómago lleno.

Por esto creemos seriamente que el problema del vicio, de la maldad, es un problema de cocido. El día que todo el mundo coma abundante a sus horas, habrá disminuído el contingente de mujeres alegres y hombres tristes. Indudablemente, quedaría la clase elevada, corruptora y viciosa, pero se podría arreglar quitándole su bienestar; y quizá trabajando, se les fueran desvaneciendo sus pasiones nefandas.

Los moralistas no han dado en esta solución, porque les perjudica, y además, arreglado todo, ¿qué iban a hacer?

Artiaga no era un moralista, y por lo tanto, era un ser moral, a pesar de sus amores con la ex señorita de conjunto; la inmoral fué su esposa, que desatendió sus obligaciones, todas sus obligaciones de esposa y de madre, para dar rienda suelta a su vanidad y a sus bellezas restauradas, en esa vorágine de escándalo, con etiqueta de pazguata, que se le denomina la buena sociedad.

Apareció Pochola, vistiendo un pijama de seda azul

con adorno grosella. Cogió un cigarro rubio y... le encendió el pelo.

—No he tardado mucho, ¿verdad?—disculpó ella.

—Poco: cuarenta y siete minutos.

—Es que me he bañado.

—Ya he oído chapotear agua, pero no creía que fuera una higiene de cuerpo entero.

—Así has descansado, rico.

—¡Vaya un plan caballo!

—¿No has estado a gusto?

—¡La elucubración!

—¿Sufres por eso?

—No tengo un minuto libre.

Agotado el repertorio de frases, horras de sentido gramatical y común, que se decían todos los días, como si fuese la oración de un rito a la pedantería, quedaron en silencio un largo rato.

Cortó la pausa Gorito, preguntando:

—¿Y tu madre?

—Bien; es decir, regular; porque desde que murió Rodolfo Valentino, la pobre no pasa un día bueno. Yo he tenido que esconder todos los retratos del gracioso actor que había en sus habitaciones.

—¿Tula era admiradora de "Rudy"?

—La había flechado el de la pantalla.

—¡Qué lástima!

—¡No quieras saber el día de luto que hubo en casa cuando se recibió la triste nueva!

—¡Era mucho el hachudo del metraje!

—Mamá lloraba a vela horizontal, le dió el nervioso, apostrofó a papá, rompió parte de una vajilla incompleta, y en cuanto le dimos un juego de te precioso, lo miró, y se le pasó el histérico.

—¿Y tu padre qué hacía?

—Al principio la atendió, y cuando vió el juego del juego de te, si no es por mí, la tunde.

—¡Cuántas desgracias ha traído la muerte del agraciado Valentino! Mi hermana Tanuchi estuvo tres días que no pensaba más que en el Viaducto como solución a su pena.

—¡Es horroroso, chico!

—¿A ti no te afectó?

—Mucho, pero con mamá como estaba, no creía prudente accidentarme yo también.

—¡Claro!

Gorito se levantó, paseó por la sala de recibo, examinó algunos de los objetos de adornos y fotografías, y ante una de éstas, preguntó decidido:

—Oye, Pochola, este retrato ¿de quién es?

—De mamá.

—Está desconocida. Nunca la hubiese sacado. ¿Estás segura que es de ella?

—¡Tu dirás!

—Seguramente es un retrato de cuando era joven.

—No, es de cuando era vieja.

Artiaga sabía que su mujer no era un longines de la fidelidad conyugal, pero se encontraba en una edad poco propicia para defender dos frentes en la guerra del amor, por lo que decidió dedicarse únicamente al frente de su amiga María Teresa, que orgullosamente ostentaba su nombre de pila, antes y después de su vida artística; al contrario que las mujeres galantes de oficio y las no menos galantes de vicio. Hoy no existe una señora o chica bien que atienda por su nombre, pues hasta en esto han querido imitar a las pobres mujeres condenadas a los trabajos forzados del amor.

El hombre moral había encontrado su hogar fuera del suyo, y en él pasaba todo el día y buena parte de la noche; no pasándola toda por guardar hasta última hora el respeto debido a la hija, más bien que a su mujer, directora de la casa.

Gozaba una bonancible tranquilidad junto a María Teresa, en el piso que, como último nido de amor, montó Artiaga al final de la calle de la Princesa, y al final de tantos años de marido fiel.

Está más visto que la Serós que en amor hay una víctima (el hombre) y un verdugo que no sabemos quién es. Sin embargo, en esta unión espiritual de Artiaga los dos eran felices. La víctima no se vislumbraba por ninguna parte.

Una tarde llegó malhumorado a "su casa". María Teresa tendió el manto de su cariño para aliviar la pena de don Pablo, sin conseguir sacarle de la profundidad de su disgusto.

—Cuéntame tus penas—suplicó ella.

—No, si no me afecta; la verdad, pero moralmente estoy en pleno ridículo.

—¿Alguna ligereza de "ésa"?

—Sí; una ligereza... vertiginosa.

—No comprendo cómo hay mujeres tan perversas.

—¡Pues ya lo ves! El criado me ha dicho que la encontró con un pollo "garrafa", bailando el *block-bottom* de cara al artesonado.

—¡Qué vergüenza!

—Lo peor de todo no es que se entregue, con la misma facilidad que se da la mano; lo bochornoso es que lo sabrá todo Madrid... menos yo.

—No saber nada es preferible a dar pasos en el terreno del honor, por una perdida así.

—¿Por qué irá tan unido el honor de un hombre con las veleidades de su mujer?

—Por divertir a las amistades.

—¡Tienes razón!

—Tú no vas a divertir a nadie, porque aquí tienes tu casa, y en ella, una mujer que es tuya; que por cariño y por obligación te respeta. Yo no soy una de "ésas", sin un concepto exacto de lo que es el deber, y hacen de la cabeza del marido una percha para los sombreros de sus amantes. Yo concibo todo en una mujer sola; ya sea vicio o hambre, pero no puedo encontrar la razón del adulterio. El engaño, convi-

viendo juntos un hombre y una mujer, con trámites legales o no, es canalla, monstruoso, condenable como un crimen. Cuando el amor se acaba, debe de empezar la sinceridad.

"Si reconocemos—continuó fogosa María Teresa—que en el corazón no se manda, tampoco debemos disponer de la honra del otro. Si yo algún día encontrara otro hombre que despertara en mí el amor, tú serías el primero en saberlo, y me darías la libertad que te pediría cara a cara, y si no me la concedías, huiría de ti, para no arrastrar en mi aventura tu deshonor.

—¡Así te quiero, María Teresa: leal!

—Leal y buena. Yo, antes de ser tuya, te conté mi triste vida, sin dejar de descubrirte ningún recoveco. No te di la disculpa del engaño y la seducción; fuí a otro hombre antes que a ti; por voluntad, porque le quería; sabía que me abandonaría, y sin embargo, fuí a él. Después el tiempo lo borró todo, no quedando ni el odio, que es un rescoldo de la pasión. Era una mujer nueva; llegaste tú, y hasta que en mí despertó el amor, no quise nada contigo. Fuí cautelosamente, paso a paso, hasta que me conquistaste; y abandonando el teatro, te di tu felicidad porque era la mía.

"En cambio "esa mujer" que no digo tuya porque tú ya eres mío, desdeña el amor de madre, incubando en ella la falsedad para dar rienda suelta a sus apetitos malsanos, con una naturalidad muy elegante.

—¡Admirable!

—¡Yo soy así, Pablo, franca!

—¡Muy buena!

—Incapaz de la mentira, empiezo por no engañarme yo misma.

—¡El amor y la verdad! Dos cosas de las que hablan muchos y las han visto pocos.

—Yo soy así, y en casa todos somos así.

—¡Chulona!

—¡Feúcho!

Se juntaron sus bocas en un beso santo.

En butacas de mimbre esmaltado de blanco, con adornos de cretona, se sentaron. El balcón abierto dejaba entrar un airecillo fresco y un tufo a gallinejas que daba náuseas.

Siguieron hablando de sus amores, para despejar el tormento de los celos oficiales de él, con la risa cascabelera y la alegría de la gracia de ella.

¡Una pareja salvada en el naufragio de la gente bien!

Pablo, joven aún—en esa juventud sazonada de cerca de los cincuenta años—, veía en María Teresa, más que a la amante, a la mujer cariñosa y apacible. Ella encontraba en él la felicidad soñada de tener un hombre a quien querer y una casa de que cuidar; pagándola Artiaga, claro está.

Mimosa, se sentó en las piernas de él, que con sus brazos la asió el busto estupendamente moldeado en el que sobresalía la delantera... del paraíso. Los pechos turgentes, más que guardadores del paraeso, digo del paraíso, eran como esos charlatanes que están a la puerta de un barracón de feria invitando al primero que pasa.

Pablo no necesitaba invitación, porque estaba abonado a la delantera, con entrada en el paraíso.

María Teresa se removía en una incitadora huída. Erguía su busto, y su cabeza de cara ovalada, ojos picarescos y boca jugosa, de dientes perfectos; se echaba para atrás, renunciando provocativa la boca de él, que buscaba el bocadillo de filete para merendar.

En la lucha, ella se soltó el pelo blondo y negro, que en peinado liso se recogía en un airoso moño caído a la espalda. Con este fondo, resaltaba la belleza



Se sentó en las piernas de él.

de la ex conjuntista... y él se soltó el pelo en vías de apremio.

La cogió rodeando con un brazo su cuerpo y con otro las corvas, buscando el sitio apropiado para ceder a Eolo la plateada raíz de su cabellera suelta.

El sitio lo encontró, gracias al mueblista y al pago de la factura.

Era un hombre previsor y cómodo.

Ya en la cama imperio, sintió la imperiosa necesidad de desatar las amarras de su desatado deseo, y se desató con los bocadillos, preliminares del *ragoût*, que fué devorado por Pablo como si hubiese estado en huelga de hambre desde su más tierna infancia.

La noche se echó encima con su manto raído—por lo gastado—, y cubrió sus cuerpos en el principio de una agradable digestión.

La vida está llena de contrastes y de impuestos. En aquellos momentos en que Pablo cumplía—con muy buenos deseos por cierto—su misión patriótica de dar soldados a la patria, si salía chico, su mujer, fiel servidora de Malthus, estaba tranquila y apacible en brazos... de una butaca frailuna del comedor de su casa. Ella, siempre dispuesta a saborear el amor con todo y con todos, estaba en aquellos instantes, sola, con la agradable espera del mañana. Del mañana a las cuatro, en que estaba citada con Gorito, para demostrar que la experiencia tiene su valor en la bolsa del amor, tan oscilante en sus movimientos de alza y baja constante.

Cansada de meditar, fué a su cuarto-tocador, a dar placer a la vista con la contemplación de su cuasi bella efigie en el espejo, se miró y rezongó furiosa:

—¡Maldita sea mi estampa!

No tenía un concepto exacto de la litografía, porque en realidad no era una estampa; más bien parecía un pergamino.

Con los ojos llorosos se fué estucando, para de-



... su bella efigie en el espejo.

mostrarle al azogado cristal que mentía como un bellaco. Toda la gama de colores que exista en un bien surtido establecimiento perfumista estaba en su cara como vitrina de anuncios de "reformatorios" de la mujer. Con esa buena voluntad puesta por la mujer para juzgarse a sí misma, se encontró guapa y sugestiva. Cuqueaba intencionadamente los ojos; sonreía maliciosamente, mostrando una hilera de dientes tortuosa como carretera peninsular; y hallaba en todos los mohines un encanto atractivo, para quemar los últimos cartuchos de su última juventud.

—Estoy razonablemente bien—monologueaba Tula—. No sé cómo los hombres son tan fríos; porque con estos ojos, y esta cara, y este cuerpo en plenitud de madurez, yo, hombre, no perdía la aventura. Y, sin embargo, ha de ser una la que pida, de una manera velada, lo que debíamos de tener en abundancia, si los hombres tuvieran ojos en la cara y buena intención para no hacerse los remolones, e ir decididos al acto de solicitar galantemente el fuego de nuestro amor. Decididamente, los hombres no tienen sed de amor; estoy convencidísima; porque en mi fontana hallarían el agua, que bebida a morro, les daría nuevos alientos para... tener sed.

"Aunque dispuesta a dar de beber al sediento, tengo que cerrar la espita de la fuente de mi vida.

"Y lo malo es que con la intención no basta; es necesaria la acción. ¡Ay! Yo, que siempre de los hombres me reí, si acabaré llorando; pero no—acabó rotunda—, me desluciría la fachada, y la noche ha empezado.

Se fué vistiendo aceleradamente, y salió a la calle para, previsora, preparar, si podía, algún desliz para el día siguiente por si fracasara el niño "chanchullo" de Gorito.

La conciencia le remordía, por haberse citado con el hombre a quien su hija perseguía; pero la acallaba compensando: "En mí puede aprender algo, que quizá me lo tenga que agradecer mi hija algún día."

Pero la hija era una desagradecida.

Algo extraño había observado entre su madre y Gorito, y por si acaso, se adelantó ella. Veía en ella una rival ansiosa, que a pesar de lo que hacía con los demás, pretendía apropiarse a su futuro.

Tal fué el ardor que puso en la empresa, y tal la seguridad de vencer, que pensó: "¡Conmigo no se columpia ésa! ¡Que se columpie en un chorizo!"

Pochola no se arredró, poniendo en juego toda la astucia de que son poseedoras las mujeres.

Momentos después de salir su madre llegó ella en compañía de Gorito, como otros días, y subió a sus habitaciones.

—¡Gorito!

—¿Qué quieres, Pochola?

—Te voy a proponer un pian cañón.

—¿Para mañana?

—Para ahora mismo.

—Tú dirás.

—Me pareces un caballero...

—Ofensas, no.

—Bueno, un chico "chanchullo".

—Eso ya es hablar bien.

—Tengo confianza en ti, y para no hacerte desesperar como otros días, en espera de que me bañe, te permito que entres al baño conmigo.

—No seas loca, Pochola.

—¿Por qué? Tú eres un buen chico y te portarás bien.

—Me propones una cosa como para darte un disgusto.

—Si has de ser formal, entras; y si no, te quedas aquí esperando.

—Estaré quietecito, frescacha.
—Tú te estás achantao.
—¡A ver si tenemos cinedrama!
—No tengas miedo.

Pasaron al cuarto de baño, sentándose en un taburete Gorito, mientras Pochola se ponía tibia el agua. El también se iba poniendo tibio, viendo a ella desnudarse.

—¡Estás pocha!
—¿Te gusto?
—¡La aleluya!
—Estoy pasable.
—Yo creía que estabas intransitable, la verdad.
—Según por dónde.
—¡Ah, sí!
—Quiero decir que tengo un tipo regular.
—¡Legionario, muchacha!
—Ahora, con la intención que tú lo dices, estoy impasable.
—No me atrevería yo a asegurarlo—dudó Gorito.
—Pues atrévete.
—Chica, que me comprometes.
—Es para demostrarte que no miento.
—Bueno, sigue en lo tuyo.

En lo suyo estaba; y lo suyo eran unas braguitas que se sacaba por la punta de los zapatos con una delicadeza versallesca. Se encontraba de espaldas a Gorito, enfadada por la duda que él manifestaba. La camisa la tapaba por completo las ingles y un poquito de la ebúrnea espalda. Se descalzaba sin mirar a la cara a su novio, porque se la estaba viendo por el espejo que tenía delante. No tenía la faz arrugada, sino, por el contrario, alargada por el asombro causado en la contemplación de su belleza.

—¿En qué piensas?
—En lo mismo que tú, Pochola.

—¡Qué asqueroso eres!

Ya limpio su cuerpo de los faralaes que la moralidad les hace llevar a las mujeres, se introdujo en la bañera. Toda cubierta por el agua asomaba su cara, ajada en plena juventud por el uso y abuso de las mixturas para embellecerse, borrando la belleza fragante y sólida del cuerpo joven de mujer. Parecía, por su cara, un hombre, mientras que Gorito, por la suya, se confundía con una tanguista. En el proceder iban parejas las apariencias.

Pochola se jabonaba, mostrando sus brazos no exentos de plasticidad, a pesar de la depilación de las axilas, que quita un encanto sexual.. y comparativo. El placer de la higiene tornóla alegre y jugaba con el cristalino líquido, recreándose en su tibieza.

Trabajosamente se levantó, mostrando toda su figura ambigua goteando agua, dando la sensación de una estatua de plaza pública en día de lluvia. Sacó un pie de la bañera y luego otro, porque los dos a la vez sólo los sacan los equilibristas, y a veces sin éxito lisonjero.

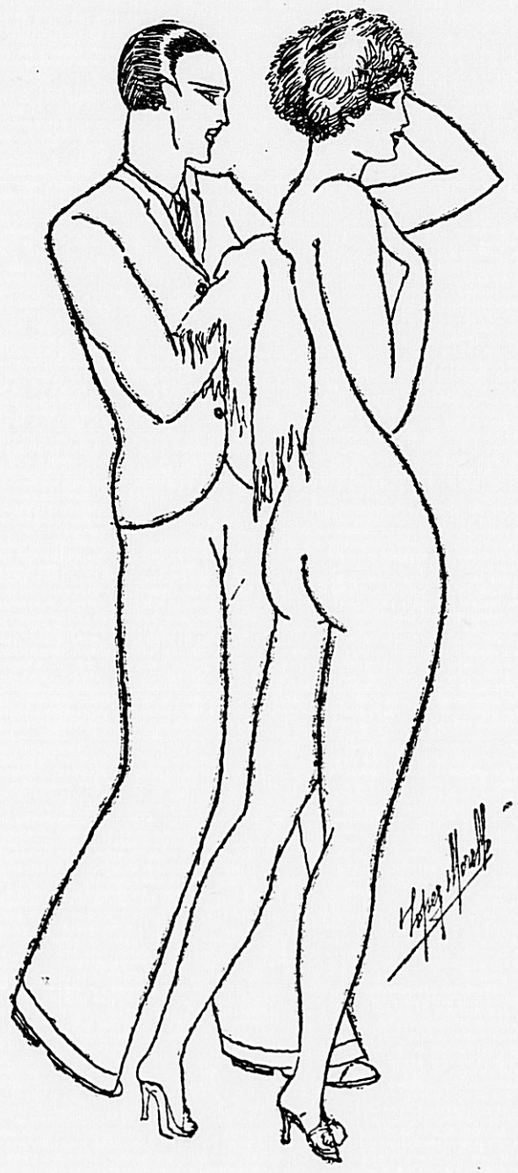
Bajo la ducha, tiró de la cadenita del agua fría, y chillaba como si hubiese visto un pequeño roedor, que es por el único gran motivo que hoy gritan las mujeres.

Gorito la contemplaba en éxtasis, sin proferir ni una palabra, ni una exclamación; estaba tan frío como si la ducha hubiese descargado sobre su medula el chorro vivificador.

Terminado el chaparrón, pidió ella:

—Dame la toalla, guapo.

—Voy—dijo alargando la afelpada sábana, que ella dejó caer en sus hombros, enjugándose violentamente para calmar el frío que le produjo... la pasividad de él.



Servicial, frotó la toalla.

—¡Te quedas parado, hijo! Sécame bien la espalda.

—No había caído. No sirvo para doncella.

—¡Yo creo que sí!

Servicial, frotó la toalla, desde la nuca hasta los tobillos, con la misma naturalidad que si estuviese viendo pasar una manifestación política.

Pochola, desesperada por aquella abulia amatoria del pollo "chanchullo", le invitó a friccionarla con agua de colonia, de cuya marca no me acuerdo.

Antiguamente era el hombre el que tenía su *garçonnière* para triturar a las chicas más o menos vírgenes; pero en estos tiempos de falda corta y pantalón ancho se han invertido los términos, con desdoro para los chicos púdicos y recatados, mientras la mujer avanza con el deseo de poseer todos los derechos del hombre, y a veces, como ahora, se ve de azul celeste la pobrecita para alcanzarlo.

No obstante, el último medio para llegar al fin era de pronóstico "menos grave".

El pollo "batata" cogió el frasco, diciéndole:

—¡Toma del frasco, Pochola!—rociándole la espalda, estremeciéndose toda ella al contacto frío del agua de colonia, de cuya marca me acuerdo, pero no quiero enunciar. Una sacudida epiléptica la sacudió toda, asiendo sus brazos al cuello de Gorito, que en su delirio decía así:

—¡Estate quieta, que te arreo un golpe!

—¡Dámelo donde quieras, pero pronto!

Y, efectivamente, no hubo nada.

Ella, después del desayuno, sufrió un ataque histérico, tan intencionado, que a los gritos acudió la madre (ya en casa, de retorno de su paseo) y los criados, que fueron espectadores de una escena de tapiz bizantino.

La madre, alarmada ante el escándalo público, preguntó a Gorito:

—¿Qué ha hecho usted?

—¡Yo no he hecho nada! ¡Esto es una encerrona!

—¡Ah, malvado, inmundo! ¡Esto no puede quedar así! ¡La honra de mi hija, manchada!

—Pero si acaba de lavarse; y yo le juro que no he puesto mis pecadoras manos en el cuerpo de Pochola.

—¡No estoy dispuesta a permitir tamaño desafuero!

—Ni yo—afirmó resuelto Gorito—. Presentaré una denuncia por seducción.

—¡Usted!

—¡Yo!

—¡Ah!

—¡Oh!

Pochola, viendo que no se ocupaban de su histérico, se incorporó, llevándose las manos al rostro, avergonzada de encontrarse desnuda ante tanta gente.

El padre de Pochola, desde la tarde memorable en que confesó a María Teresa su derrota (o que iba a empezar a derrotar, que es lo mismo), y ésta le abrió su alma para que en ella leyera, si sabía, la lealtad de su proceder, decidió no volver por su casa.

Ya en el piso de la calle de la Princesa tenía sus zapatillas, que es como tener la felicidad. ¿Para qué iba a volver por su casa de la calle de Velázquez, si el amor había huído como paloma mensajera que se queda con el recado?

Mandó unas líneas a su querida esposa, pidiéndole mil perdones por su calaverada y recomendándole que fuese buena y tuviese cuidado con los pantalones, cuando yacen tirados con precipitación en la silla más cercana.

La combinación no tuvo aceptación. Tula, ofendida en su amor propio, por ver suplantada su personalidad, rompió la carta.

En tanto, Artiaga estaba recluído en su casa, puesta a nombre de María Teresa. Salía poco, avergonza-

zado de encontrarse con sus relaciones, las cuales sabrían hasta con detalles numéricos las veleidades de su esposa. Su vida la constituía María Teresa, que con sus cantos, algo desafinados, daba a la casa un tinte de felicidad.

Artiaga se enteró del escándalo que había dado su hija con Gorito, pero aumentado y corregido, porque el ir y venir del secreto fué atiborrándolo de detalles.

Infructuosas las gestiones hechas por Artiaga cerca de su mujer, marchóse a ver a su hija.

Con la mirada fija preguntó Artiaga a su hija, en cuanto ésta compareció ante él:

—¿Qué has hecho?

Un nuevo sollozo fué la contestación.

—Serénate y habla.

—No puedo—gimió.

—Por no ser yo severo te ha pasado eso; así es que, como si fuera tu confesor, dime el porqué.

—Estaba nerviosa, y cometí la locura, sin saber lo que hacía; fueron los nervios, o algo que había dentro de mí que no era yo.

—¿Tú quieres casarte con él?—dijo el padre para evadir una explicación que nunca sería diáfana.

—Es mi deber.

—Mas no es tu gusto.

—Yo buscaba un hombre.

—Y has encontrado un maniquí.

—Sí, con mucha figura, mucho pantalón...

—Y nada dentro.

—Sin corazón—rectificó ella.

—Por una equivocación no vamos a soportar el deshonor de dejarte así.

—Yo haré lo que tú mandes.

—¡Lo que es preciso!

—Sí; todo lo que tú quieras para reparar mi falta.

—Pues te casarás con ése.

—¿Ya te han enterado de que no quiere él?

—¡Querrá!

—Se ha opuesto resueltamente.

—¡Se casará contigo!

—No hagas la locura de comprometerte por mí.

—Si no es por ti, ¿por quién voy a luchar en la vida? Además, ¿puede luchar un hombre solo?

—Y él, ¿si te contraría...?

—No es hombre cuando huye.

—Los cobardes son malos, papá.

—Pero los tontos, no.

Marchó el padre, y Pochola sonrió picarescamente, con la esperanza de lograr su deseo, sin reparar en los medios. Manchó su pureza con la mentira para quitarse la mancha en la tintorería del matrimonio.

Poco después ocurría la siguiente escena:

—¿Me conoce usted?—preguntó Artiaga.

—Sí, señor—contestó Gorito.

—Entonces huelga la presentación y el indicar el motivo de mi desagradable visita.

—Para mí no lo es, señor.

—Para mí, sí.

—Me honra su visita—dijo Gorito, al ver la cara furibunda del padre de Pochola.

—¿Usted sabe lo que ha hecho?—le preguntó, al mismo tiempo que le zarandeaba, cogido de la americana.

—Sí, señor; sí. Y estoy dispuesto a repararlo pidiendo a usted la mano de Pochola—atajó como único recurso para conservar el físico.

—¡Ahora me pide su mano!

—Ha sido una locura de juventud y de amor.

—No esperaba menos de usted—dijo el padre, apa-

ciguado al ver sus deseos satisfechos. Y, alargando la mano, terminó—: Mi mano de caballero.

—Ahí va la mía de futuro yerno.

—Me habían dicho que se oponía a la boda.

—Porque me vinieron con amenazas; pero como usted me lo pide por las buenas, en seguida he accedido; ¡no faltaba más!

—¿Para cuándo anunciamos el enlace?

—Disponga la fecha, que yo aceptaré gustoso.

—Siga yendo por casa, que ya se la anunciaré.

—Muy reconocido.

—Encantado de su amabilidad.

Un fuerte apretón de manos selló el pacto entre

Y pocas semanas después era la boda. Y Artiaga se reconcilió con su mujer. ¡Que todo tiene arreglo en este mundo!

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PRENSA MODERNA



La Novela Pasional

:-: El Teatro :-:

:-: Fru - Fru :-

Colección Imperio

Norte, 21. — Madrid.
Imp. Sáez Hermanos.